

Reflexiones de un mexicano en el exilio

TEXTO: PABLO SOLER FROST

Lo que hubiéramos de haber hecho, desde un principio, era haber traído una pareja con una multitud de hijos varones (e infantas). No una pareja sin hijos, como el Emperador y la Emperatriz. Los daneses, por ejemplo, sin querer faltar al respeto a sus Casas Reales, se reproducen como conejos.

Adoptar al hijo de Iturbide era una solución poco afortunada, porque siempre estaba abierto el tema, sobre el que se corren muchos velos, de la posibilidad de la Emperatriz de tener hijos, el futuro Príncipe de Yucatán y sus hermanitos. Era además traer a otra mujer, si no al lecho nupcial, sí al gabinete donde se daría lectura al testamento; y la mamá de Agustincito no podía, a pesar de su lealtad al imperio, más que preferir a su hijo, que a un niño aún no concebido. Acabó sus días en Philadelphia.

Menos ilustres, pero más prolíficos se veían otros candidatos. Pero se apostó por el símbolo del águila bicéfala. Uno creería que, aparte de los símbolos religiosos (la cruz, la escalera, los clavos, el corazón acribillado), éste es el único símbolo nuevo que ha entrado al alma india. Y ese símbolo nubló otras razones.

Podría haber prendido. No lo logró. Podría haber desconocido y repudiado las *Leyes de Reforma*. No se le dio la gana.

A un verdadero mocho, como el que sufrió siendo Rey de las Dos Sicilias; un hombre con alma de converso, o uno que tuviera temple de cruzado: a uno así se hubiera traído: no a un liberal enamorado de la vida descubierta por la ciencia, muy parecido al Príncipe Alberto, al que bien se guardó Victoria de dejar reinar.

Que era indio, que era indio. Es lo más y mejor que dicen para defenderlo. Pues Mejía también era indio, e indios eran los que fueron a recibir al Emperador a Orizaba, desde sus lejanos pueblos, rancherías y comunidades. Indios lo que lo aclamaron como Huey Tlatoani, indios a los que Maximiliano respondió en

clásico náhuatl. Su discurso me parece lo tradujo un pulido nahuatlato, si mal no recuerdo, de Tepoztlán.

Nuestros últimos cinco mexicanos emperadores: apedreado por una chusma fanática el primero; muerto de viruelas el segundo; torturado y ahorcado el tercero; fusilado el cuarto; fusilado el quinto.

Queda un consuelo: ya se intentó un príncipe criollo, y fue Emperador, y lo fusilaron; ya se intentó un príncipe extranjero; y fue Emperador y lo fusilaron. Habría que traer a un príncipe indígena (que además las Casas de Moctezuma ya no lo son) y a ese sí que nadie lo fusilaba.

Cuánto se parecen las monarquías al coleccionismo. A los gabinetes. Qué emparentadas están con la zoología. Las águilas. Las falenas. Los dodos. Los leones. Las hienas. (Bueno, toda zoología procede de la heráldica).

Santa Anna en La Habana, ya viejo, más egoísta, más soberbio y poco carismático, aún creía que en cualquier momento los mexicanos arrepentidos lo llamaríamos de regreso en la hora aciaga, pidiéndole perdón, aclamándolo como salvador. Más listo Juárez; él sí que aprovechó su exilio. Miramón también.

Juárez, obispo y cabeza del partido conservador. Fernando Max, de civil, cabeza del partido liberal. Así tal vez hubiéramosle ganado a nuestro triste sino.

En México (y me imagino que en el mundo) hay temblores oscilatorios y trepidatorios. Así son nuestros gobernantes. Moctezuma o Cuauhtémoc. O que las naranjas se arreglen solas, o vamos a incendiar el puesto de naranjas de Castilla. Maximiliano o Juárez. •

PABLO SOLER FROST

Ciudad de México, 1965. Escritor. Su más reciente novela es *Yerba americana (Era)*, basada en el guión de la película *40 días de Juan Carlos Martín*.